

NO ESTARÁS SOLA de Fátima S.H

Una lágrima rebelde se deslizó por mi rostro. Le cogí la mano. Estaba tan fría, tan rígida. Detrás de la primera lágrima vinieron otras. Tuve ganas de gritar hasta desgañitarme, de decirle a dios si es que existía que la resucitara a cambio de llevarme a mí.

-Señor Ramos, nos la tenemos que llevar.

Entraron dos mujeres dispuesta a llevársela. Me aferré a su mano con todas mis fuerzas. Grité, insulté, escupí. Les dije que demandaría al hospital a pesar de saber que ellos no habían tenido la culpa y que habían hecho todo lo posible por salvarle la vida. Tiraron de mí con tanta fuerza que al final no tuve más remedio que soltarme. Luego me inyectaron algo para que me durmiera.

Me desperté en una camilla y lo primero que dije fue.

-Quiero a esos cabrones muertos.

Lo recordaba perfectamente. Recordaba con claridad el alivio que sentí cuando dije en alto que acabaría con los que mataron a mi esposa. A esos malditos animales no les había importado acabar con muchas vidas tan solo por dinero. Entonces a mí tampoco me importaba que murieran de la forma más terrible posible. Cinco años, tan solo cinco años de prisión. Me parecía injusta esa condena. Habían entrado en una tienda, habían intimidado a todo el mundo con sus armas, habían vaciado la caja y herido en una pierna al dueño. Catalina, mi esposa, el amor de mi vida siempre había tenido un espíritu rebelde. Tenía miedo, sí, pero se lanzó a ayudar al herido. Eso era lo único que quería hacer, usar la bufanda que llevaba al cuello para intentar tapar la herida ya que la sangre manaba con fuerza y el pobre hombre gritaba.

Pudo dar tres pasos antes de que una bala la derribara. En los ojos del asesino lo único que vi fue frialdad. La policía los atrapó y por parte de mucha gente recibí apoyo. Se hicieron manifestaciones pidiendo que les aumentaran la condena a esos tres infelices sin resultado alguno. La noticia salió en todas partes y mucha gente disfrutaba odiando a esos hombres, enfadándose y no hacían nada. Eso fue lo que más rabia me dio, que no hacían nada.

Durante esos cinco años no tuve vida. En lo único que pensaba era en vengarme. Intentaba pensar en algo que les arrebatara la vida tal y como me la habían

arrebatado a mí, hasta que se me ocurrió la idea perfecta. Durante el primer año me dediqué a contactar a todas las víctimas del atraco. A cinco personas les habían quitado a sus seres queridos y uno habían quedado en silla de ruedas. Todos quisieron colaborar, todos querían alguna justicia, justicia que el sistema no había podido darles.

El segundo año lo dedicamos a conocernos, a hablar de nuestras pérdidas. Fue la primera vez que sentí algo parecido a la felicidad desde que Catalina se fue. Poder compartir cómo la conocí, cómo ella tenía el antídoto para reírme de la vida cuando menos quería hacerlo. Les hablé de su impulsividad y de sus ganas locas de vivir. Y por eso siempre me hacía la misma pregunta, por qué ella.

Un día en el cuarto año tuve una conversación con Liliana, la chica que había quedado en silla de ruedas. Nos habíamos quedado solos, los demás habían tenido que irse y ella vivía bastante lejos, así que había decidido que se quedaba a dormir ya que teníamos la suficiente confianza para eso.

-¿Estás seguro de querer hacer esto?

-Me lo quitaron todo Lil. En lo único en lo que puedo pensar es en que sufran, necesito que sufran para irme tranquilo de este mundo. ¿Tú no?

-Ahora que queda poco no dejo de preguntarme si vale la pena. Sabes que yo era modelo, que lo tenía todo y ahora no tengo nada excepto un dinero con el que puedo vivir en paz durante mucho tiempo. Y tengo miedo de que si lo hago se me acabe la falsa tranquilidad que he conseguido.

-Tú misma lo has dicho, es falsa. Dicho esto, si quieres dejarlo lo entiendo, pero al menos me gustaría que vieras el directo.

-No te preocupes, lo haré.

Al día siguiente de esa conversación fui a su tumba como hacía una vez por semana. Lo único que le susurré esta vez con la esperanza de que me oyera estuviera donde estuviese fue:

-No estarás sola mi amor, porque cuando acabe con esto haré todo lo posible para irme contigo.

No había podido dejar de amarla a pesar del tiempo. Mi hermano me había organizado citas a ciegas, sin embargo no era capaz de involucrarme con nadie en serio. Y las pocas veces que lo hacía era sexualmente. Buscaba mujeres parecidas a ellas, me imaginaba besándola mientras las besaba a ellas. Sus nombres eran manchas en mi memoria, sus marcas y cicatrices eran invisibles para mí. Por suerte para mí se había rendido.

Por fin había llegado el día, el día en el que saldrían de la cárcel. Mucha gente había ido a esperarlos y grababan con sus móviles los acontecimientos. Gracias a

las redes pude enterarme de lo que estaba pasando. El asesino, así era como me refería al que mató a Catalina tenía una novia que lo abrazaba, lo besaba. Tuve ganas de gritarle a esa chica. ¿Acaso no sabía con quién se estaba metiendo?

Supe que Ana estaría allí. Ella era una reconocida periodista que tenía un canal de youtube. Ella tendría que convencerlos para que accedieran a una entrevista en directo. Allí sería donde los mataríamos con armas que Liliana había comprado, no quise preguntar donde. Lo único que me dijo al respecto era que el dinero lo compraba todo.

Había mucha gente que los abucheaba no tanto por el atraco sino por llevarse la vida de personas. El asesino estaba frío, su rostro era impassible. Los otros dos por lo menos bajaban la cabeza intentando evitar las cámaras. Pero ese maldito alzaba la cabeza como si lo que hubiera hecho fuera algo digno de orgullo. Lo odié más que nunca y deseé que Ana los pudiera convencer. Necesitaba que lo pudiera hacer, y lo hizo.

Nunca supimos por qué los tres aceptaron. Quizá quisieron defenderse de lo indefendible, no lo sabía. Habíamos programado la entrevista para dentro de tres días en los que los nervios no me dejaban ni comer ni dormir. Me recordé los años de prácticas con las armas, las clases de defensa personal y todos los libros que había leído en busca de información sobre cómo dejar el menor rastro de sangre posible. Repasaba una y otra vez el plan con los demás. Habíamos quedado en que no nos dejaríamos atrapar y que nos quitaríamos la vida si era necesario.

Ese día empezó como uno normal. Me levanté, desayuné, fui al trabajo, asesoré a algunos clientes y les di a entender que si querían llevar sus casos conmigo tendrían que esperar porque me iba a coger algunos días libres. Teniendo en cuenta que era mi despacho podía hacerlo. Yo, Rodrigo, un abogado que vivía bien iba a cometer una locura. Locura. Dije la palabra en alto mientras caminaba en dirección a una sala de reuniones que habíamos alquilado. A ella le gustaba tanto esa palabra... Le hacía sentir viva. Qué ironía, a mí esa palabra me iba a llevar a la muerte.

Todos estábamos allí una hora antes con las armas escondidas debajo de nuestros voluminosos abrigos.

-Solo os pido una cosa. –dije muy serio.

Liliana alzó la cabeza para mirarme a los ojos. Era la única que sabía lo que iba a decir.

-Del asesino de mi esposa me encargo yo.

Todos asintieron conformes. Llegaron y preguntaron por qué estábamos allí siete personas en vez de solo Ana. Ella dijo que estaban allí para grabar la entrevista por si ella tenía algún problema tecnológico y no tuvieran que repetirla.

Un segundo después de comenzar el directo vimos que estaban conectadas mil doscientas personas. Sonreí. Ana empezó con su primera pregunta.

-¿Por qué decidisteis aceptar esta entrevista?

Respondió el asesino.

-Porque ya pagamos nuestra condena. Estamos libres. No sabe cuánto sufrimos en la cárcel y lo único que queremos es pasar página.

Ana los había tuteado a posta como forma de irrespeto.

-¿Piensan pedirles perdón a las víctimas?

Respondió otro hombre, uno bajo y calvo.

-Desde aquí les pedimos disculpas por todas las molestias que les hemos ocasionado. Hemos cambiado, eso tiene que quedar muy claro.

El chat se llenó de comentarios de indignación, la misma que sentía yo. Aquellas disculpas habían sonado falsas y frías.

-¿Cómo pensáis vivir a partir de ahora?

Respondió el asesino.

-Como ya dije somos libres. Por mi parte voy a hacer algo que las circunstancias interrumpieron.

Sonrió.

-Me voy a casar.

Y solo entonces nos miró uno a uno. No reconoció a nadie excepto a mí, porque yo había sido quien había gritado después de que le dispararan a Catalina. Y ese fue el momento para que todos sacáramos las armas y empezáramos a disparar. El chat explotó literalmente. Unos decían que detuviéramos esta locura. Otros nos mandaban emoticonos dando palmas y apoyándonos.

Nos aseguramos de que quedaran sin vida. Quizá la policía llegó pocos minutos después. Quizá los familiares de los asesinos nos odiaron tanto como nosotros odiamos a sus hijos. Quizá acabamos siendo los malos de esta historia. Fue algo que nunca supimos porque habíamos decidido no estar allí para saberlo.